

BESO MARICA EN JAURIA DE PERROS

José Antonio Luer

-

A todas las maricas invencibles del 73
del humo, el incendio y la negrura
de este país en llamas.

-

PERSONAJES

EL POLICÍA / es también la esposa del dictador y Valdivia

EL JOVEN / es también el sacerdote y una sirvienta.

ESPACIOS

Una casa ostentosa. / Una tienda cerca de un monte. / Una habitación de motel cerca de la plaza de armas. / Un furgón en movimiento. / Un terreno árido con cercas de alambre de púa.

PRÓLOGO

Hijar

Antes de empezar la obra. La escenografía es un gran cuarto rojo. En un costado, una pequeña carpa antigua.

:

Nosotros somos solamente la repetición

de una hija o un hijo

que toma de la mano a su madre

una vez y otra vez y otra vez, y otra vez...

repetidamente y sin parar

: Nosotros *hijamos*

que es como hacer un tejido de hijos rotos

que intentan armarse en los cuerpos de sus madres

que son los cuerpos donde las cosas comienzan

y también donde las cosas mueren.

: Pongámoslo así;

A veces hay países que son como madres hambrientas que devoran a sus hijos.

A veces hay países que son como madres que cubren

envuelven

en paños

como heridas

a los hijos

y les enseñan del amor amando

y hay otras veces

que ese amor se quiebra

y que nadie lo piensa

y que deja de ser amor

y nadie se dio cuenta del daño.

: Esta obra es más fácil de entender que el amor

es menos incierta que eso. Es...

: Más fácil de ver de lo que parece

aunque no lo parezca

y parte así:

en una tienda.

: En la cual permanece el padre.

: De la patria.

: El conquistador.

: Lo cual nos parece...

Revelador.

En el sentido que re-vela algo.

Ósea...

: Saca el velo sobre las cosas.

: De alguna manera

esta tienda

es una huella en la memoria

una especie de cuarto de asentamiento

donde el presente

se asienta.

: O se sienta.

: Se queda ahí. Inmóvil el presente.

: No se mueven las cosas dentro de esta tienda

se quedan

bajo los anchos hombros de las estrellas

bajo el misterio irracional de nuestra existencia

tan diminutamente y clara

tan...

: Estrecha, a veces

Sobre todo estrecha y más pequeña que la muerte.

[Pausa]

: Esta obra

no va a salvarnos.

no es moral

y esperemos estar equivocados

pero es así.

No nos va a salvar de los golpes en el cuerpo desnutrido.

De la extinción del sol.

Del delirio.

De las sequías.

De la incesante codicia de nuestros días.

De la locura.

Del machismo.

: De las balas que viajan a una velocidad invencible en los campos

: Invisibles

: De nuestros pensamientos.

: Invencibles.

: Este beso marica es una herradura de chile.

Y nos gusta pensar que somos el caballo.

: Que somos un caballo libre corriendo por los desiertos de un chile marica.

: En un chile donde volvemos a escribir la historia, no como es

porque nadie sabe tanto

pero sí

donde dejamos las cosas menos inmóviles.

Mas a medias.

Donde hacemos demoliciones de montañas

donde abrimos canales por los cuales los ríos anden

donde hacemos grietas en paredes gigantes que están detrás de nuestros ojos.

: Esta obra parte así
y nunca culmina
porque un beso marica
en medio de los relámpagos incontrolables de la muerte
sobrevive para siempre.

: Un beso marica en una jauría de perros hambrientos

: Sobrevive para siempre

: Porque nada que muera así...

: Puede dejar de repetirse.

[Apagón.]

FOTOGRAFÍA I

La felación de Valdivia y una espada

[Tambores y ritmos sudamericanos se entrelazan en medio del fuego que hace arder los campamentos, una cruz se alza en el espacio. El poder ideológico y político intenta prevalecer en medio de la fumarola. Pedro de Valdivia aparece en el espacio decapitando cuerpos. Sube a la montaña, mira desde el lugar mas alto donde tiene montada su tienda. Aparece un sacerdote. Siguen sonando los tambores. El sacerdote y Pedro de Valdivia parecen animales salvajes, a su vez y con esta particular quinética hacen extraños pasos de baile. El sacerdote bendice el monte. Pedro De Valdivia saca su espada y se pone en guardia. El sacerdote mira dentro de la tienda. Advierte a Valdivia con un gesto. Se proyectan textos, en coordinación con los gestos, como en una película de cine mudo, la música festiva continúa.]

SACERDOTE

¡Valdivia! Os he encontrado. ¿Qué hacéis en estas ruinas del fuerte? Aún hay humo entre las tiendas.

PEDRO DE VALDIVIA

Enviaré tropas al norte. Vosotros iréis al Sur al caer la noche. Debéis estar preparado.

SACERDOTE

¿Al sur, señor?

PEDRO DE VALDIVIA

Desde luego, aquí ya no queda nada. Os debéis hacer cargo de los indios y promulgar las buenas costumbres de vuestra religión.

SACERDOTE

Os han encomendado poned especial atención a los llamados “Machis”.

PADRO DE VALDIVIA

¿Qué son esos machis que decís?

SACERDOTE

Bárbaros afeminados son, mi señor. Se cubren con vestidos, pretendiendo poder sanador, usurpando las tan buenas costumbres de vuestras mujeres. Son sodomitas, amenazan el orden moral que vosotros de tan buena fe queréis promulgar en estas tierras.

PEDRO DE VALDIVIA

¡Ay Díos mío! ¡Ay Dios santo! ¡Qué mundo es este!

[Valdivia se agarra la cabeza y comienza a hacer saltitos de baile en círculos, el sacerdote le sigue haciendo palmas.]

SACERDOTE

Yo no os quería decir así con tanta llaneza... Pero algunos hombres incluso, son acompañados por jóvenes que actúan como si fuesen esposos, desafiando la naturaleza de vuestro Dios.

PEDRO DE VALDIVIA

Su barbarie proviene de su más distorsionado sentido de la razón. Os ruego. Haced lo que sea necesario. Os otorgaré hombres. Cañones. Armamentos. ¡Iréis con toda una tripulación!

SACERDOTE

¿Puedo escoger a esos hombres a mi voluntad, mi señor?

PEDRO DE VALDIVIA

A los que queráis.

SACERDOTE

Tengo necesidad de hombres fuertes. Rubios, altos y fornidos, que estén a mi lado a cada momento para difundir las sagradas escrituras. Aquellas declaran: *Si un hombre se acuesta con otro hombre, se condenará a muerte a los dos, y serán responsables de su propia muerte.*

PEDRO DE VALDIVIA

¡Sodomía! ¡Sodomía! ¡Muerte y enfermedad!

[Valdivia se desmaya.]

SACERDOTE

Señor, señor, ¡Despierte! ¿Se encuentra usted bien?

[Pedro de Valdivia se despierta, aturdido.]

PEDRO DE VALDIVIA

Si, sí... He tenido un vahío.

SACERDOTE

¡Es el diablo que se os quiere meter dentro!

PEDRO DE VALDIVIA

¿Cómo he de actuar ante tal infortunio, cómo he de curar a esta gente?... He oído que han pedido mi cabeza y la vuestra.

SACERDOTE

¿Mi cabeza también, señor?

PEDRO DE VALDIVIA

Al parecer estos salvajes quieren beber vuestra sangre para volverse inmortales.

[El sacerdote saca un látigo. Da latigazos al suelo, Valdivia se espanta.]

SACERDOTE

Os recomiendo prohibir la sodomía y sancionarla con prisión y latigazos. La única manera de dominar al enemigo es corrompiendo sus instintos Valdivia. Con estas buenas medidas mantendréis tu cabeza a salvo y de paso, desinteresadamente lo digo, la mía.

PEDRO DE VALDIVIA

Enhorabuena. Encargaré la confección de trescientos látigos a repartir de Norte a Sur. Yo pernoctaré a media jornada. Reina un silencio absoluto que esconde yo no sé qué cosas mi buen sacerdote. El viento cambia su dirección, la bandera flamea hacia otros destinos brindando nuevas estelas al cielo desolado. Debemos estar preparados.

SACERDOTE

Tan bonito que habla usted, mi señor.

PEDRO DE VALDIVIA

Ahora, venid conmigo. ¡Dancemos!

[Pedro de Valdivia y el Sacerdote hacen una breve danza. Se escuchan tropas a lo lejos.]

SACERDOTE

¿Escucha eso, mi señor? Parece ser que el súbito bosque se llena de gritos. Venga. Entremos a la tienda.

[El sacerdote abre la tienda, mira a Valdivia con incontrolable deseo, quien se arrodilla casi que suplicando, extiende los brazos. Valdivia mira a público con profunda devoción religiosa -y cristiana- el sacerdote lo toma de la mano, ambos entran a la tienda, la luz desciende junto con el secreto.]

FOTOGRAFÍA II

Esos perros están muertos de hambre

[Una mansión en penumbras. Una sirvienta inmóvil con una maleta azul. Una gigantografía de un perro en la nieve cazando a un conejo. Entre las sombras y en el suelo, escondida detrás de unas cortinas de la cual solo se ven los pies y su falda de traje Chanel, se encuentra Lucia Hiriart de Pinochet. Susurra temerosamente mientras se escuchan crujidos, gemidos, pasos y sonidos extraños en los pasillos.]

LUCÍA HIRIART

¡Augusto! ¡Augusto! ¿Eres tú?... Dime que eres tú, hombre. No me hagas estas bromas Augusto. Escucho susurros en mis oídos. Gemidos. Ay, Augusto, esos hombres que corren por mi casa, desnudos, no son nuestros hijos. Se ríen, se toman de las manos, pero no son nuestros hijos... Tienen la piel blanca y los genitales les cuelgan como canicas en bolsas pequeñas-pequeñas. Como canicas en bolsas pequeñas que aprietan con sus dedos frágilmente como si fuesen damascos, Augusto, como si fuesen frutos que se llevan a las narices. No son grandes sus genitales Augusto, pero son más grandes que los tuyos. ¿Les estás mirando los genitales a esos hombres?...

[Entra la sirvienta; una campesina que a la vez, parece una muñeca de porcelana, un ser spectral drenado de autonomía. Empuja una maleta con dificultad.]

LA SIRVIENTA

Señora. Le llegó esta encomienda en la mañana. Me hicieron firmar una serie de papeles. Yo no sabía qué nombre poner. Así que puse el suyo; Lucía Hiriart. Y su firma. Sabe que de pronto sentí que yo ya no era yo. Que yo era como... un espectro. No me di cuenta. Desaparecí por un momento sin darme cuenta. Y no sé si volveré a encontrarme.

LUCIA HIRIART

Son mis vestidos y mis joyas de Inglaterra. Los hice llegar por valija diplomática. ¿Dónde está Augusto?

LA SIRVIENTA

No ha llegado aún. Entiendo, por las circunstancias, tampoco llegará mañana.

LUCIA HIRIART

Esos gritos, esos gritos... ¿Los escuchas? ¿Escuchas esos alaridos que se esparcen por toda la casa?

[Lucia Hiriart abre una cortina y mira por la ventana. La luz de la luna ilumina el espacio.]

Suelta a los perros. Suéltalos por toda la casa. Hazlos correr por los pasillos. Hay que hacerlo sin contemplaciones.

LA SIRVIENTA

Esos perros señora... Esos perros están muertos de hambre. Fácilmente podrían devorarnos a nosotras por la mañana.

LUCIA HIRIART

Suéltalos te digo. Haz que hallen el origen de esos gritos frenéticos. Esos gritos frenéticos que no me dejan dormir, no me dejan dormir...

LA SIRVIENTA

Aquí no se escuchan gritos señora. Solo estamos usted, yo y el silencio. A la suerte de la noche. Este silencio es como... una demolición.

LUCIA HIRIART

¿Y mis hijos?... ¿Dónde están mis hijos?

LA SIRVIENTA

Sus hijos fueron enviados a la nieve. A propósito de todos los acontecimientos... Su esposo, encargó mandarlos a la nieve luego de los bombardeos a la moneda.

LUCIA HIRIART

Qué vamos a hacer con todas las empanadas...

LA SIRVIENTA

¿Las empanadas, señora?

LUCIA HIRIART

Tenemos el jardín lleno de ramas y la cocina llena de empanadas. Íbamos a hacer unas ramadas este fin de semana. Una fonda. Para celebrar la independencia. ¿Dónde están mis hijos? Por qué no están aquí. Mis hijos deberían estar aquí. Con su madre. Comiendo empanadas. Es donde deben estar.

LA SIRVIENTA

El señor considera que es arriesgado que los niños...

LUCIA HIRIART

Es un maricón. Le faltan huevos. Meses le costó sacar a los milicos. Y sin embargo nadie grita mi nombre en las calles. Solo gritan "PI-NO-CHET"... Como un eco interminable, como una cueca desabrida, como una maldición, aquí, ay, en mi cabeza, esos gritos, esos gritos...
¿Los oyes?

LA SIRVIENTA

No escucho nada, señora.

LUCIA HIRIART

¿Dónde están mis hijos?...

LA SIRVIENTA

Ya le dije señora. En la nieve.

LUCIA HIRIART

¿Por qué no están aquí? Aprendiendo a ser hombres. Comiendo empanadas con Ají. A ser hombre se aprende. Se aprende en medio de las balas y los bombardeos.

[Lucia Hiriart se sienta en su silla. Toma su espejo y un cepillo. Suspira. Comienza a cepillarse el cabello. Se mira al espejo. Grita desenfrenadamente.]

LUCIA HIRIART

¡Aaaahh!... Esta mancha. Esta mancha maldita. Sácame esta mancha de la cara.

LA SIRVIENTA

Qué mancha señora, de qué está hablando.

LUCIA HIRIART

Esta mancha, esta mancha, sácamela de la cara esta mancha indeleble... Maldita. Maldita mancha. No se quita, no se quita con nada...

[Lucia Hiriart intenta sacarse la mancha roja del rostro. La sirvienta toma el espejo y le muestra su rostro a LUCÍA HIRIART, esta llora.]

LA SIRVIENTA

Su cara señora, es como un tazón de porcelana... Sus mejillas son... Como nubes.

LUCIA HIRIART

Desde que comenzaron los bombardeos que no puedo dormir. Veo fantasmas en los pasillos. Veo... Veo la silueta de dos hombres desnudos que se besan. Con los rostros llenos de sangre, estos hombres andan por mi casa, con los genitales colgando, tocándose en frente de mis hijos, pervirtiéndolo todo... es una maldición. Veo aproximarse una maldición...

LA SIRVIENTA

Está cansada señora, han sido días difíciles. No hay hombres en su casa... tocándose... los genitales. Debe descansar.

LUCIA HIRIART

No basta con lo que Augusto está haciendo. Hay maldiciones incubándose en nuestro país y alguien tiene que hacer algo. Las oigo revolotear. Son pequeñas libélulas en mis oídos. Pequeñas plagas libertarias que confunden... Las oigo revolotear, esas maldiciones marxistas, mariconas, marxistas. Ay, esta mancha, esta maldita mancha, por qué hay algo que no encaja todavía en todo esto, porque todo está tan... tan...

LA SIRVIENTA

¿Tan qué señora?

LUCIA HIRIART

Tan... ROJO. ¡Tan rojo! Le falta azul a la casa. Le faltan cielos pintados.

LA SIRVIENTA

No tenemos cielos debajo de la piel señora.

LUCIA HIRIART

¿Qué tenemos entonces?

LA SIRVIENTA

Señora, venga, vamos a ver sus vestidos y sus joyas. Eso siempre la anima.

[LA SIRVIENTA yendo hacia el baúl.]

LUCIA HIRIART

Esta mancha, esta maldita mancha... No sale con nada. Es tan difícil de borrar como la sangre. Es tan difícil de borrar como la sangre...

LA SIRVIENTA

La sangre no se hace agua señora.

LUCIA HIRIART

¿No se hace agua?

LA SIRVIENTA

No corre por los ríos evaporándose. Es una mancha muy difícil de borrar.

[La sirvienta abre el baúl. Queda atónita]

LUCIA HIRIART

Los perros, hay que soltar a los perros, que olfateen cada rincón, que busquen sin descanso, que agrieten en sus colmillos esos sonámbulos, esos cuerpos, quiero que devoren los genitales de esos pervertidos que andan desnudos en mi casa...

[La sirvienta abre el baúl. De él sale parte del cadáver de Pedro de Valdivia. La sirvienta toma el cadáver de Pedro en los brazos, una luz sobre él. Lucía Hiriart grita, escandalizada.]

VALDIVIA

¿Qué estáis haciendo Lucía? ¿Qué habéis hecho?...

LUCÍA HIRIART

Yo... Yo nada. Yo...

VALDIVIA

Habéis dejado que perviertan la nación. Que se me abalanzaran encima esos salvajes. Qué pasó con las buenas costumbres. Con el buen gusto.

LUCÍA HIRIART

Acabo de dar la orden Pedro, acabo de dar la orden de que suelten a los perros, si los vieras, sus genitales, colgándoles... Tú no sabes cómo se les ven los genitales...

VALDIVIA

A veces debemos podar los árboles para que nuevas ramas crezcan y así su follaje nos otorgue nuevas sombras en que reposar...

LUCÍA HIRIART

Esta mancha, esta maldita mancha... ¿Tú sabes de donde viene?...

VALDIVIA

La sangre viene de los umbrales Lucía, viene de los umbrales que son atravesados por flechas del pasado y se dirigen con velocidad desmedida hacia el futuro, evaporándose, sin tener

donde caber. Recordad; La sangre se dirige con velocidad desmedida hacia el futuro,
evaporándose sin tener donde caber...

[Apagón. Se escuchan perros ladrando.]

FOTOGRAFÍA III

Este cuarto es una pequeña dictadura dentro de mí

En una habitación a más de medianoche. Chile del 83. Aquí los retazos de la historia se unen y los fantasmas desaparecen, aunque deambulan en los ojos de estos hombres; Un joven prostituto con pantalones de Látex azules y un policía. Afuera la pobreza es como una lluvia que no suena, como una cascada de agua en el fondo del mar. En la orilla de la cama una espalda descubierta inmóvil, un uniforme de policía rosa en el suelo. La quietud, el abismo, las metralhas a veces...

El reflejo del joven en la ventana:

A ocho mil doscientos kilómetros de la superficie
en un cuarto oscuro que podría ser
la orilla de alguna negrura
está el hombre descubriéndose la espalda
después de darme
todo su yodo.
Yo no sé
todavía
cómo hilar esos trozos de su espalda
que son como...
Un mármol.

Despedazado.
En mi pasto fronterizo
De breves pronunciaciones de lengua...
En este fondo
De aquí
Nos escondemos las maricas.
Y el horizonte dibujado en estas paredes de tiña y pobreza Chilena
De esa pobreza que expelle una humedad demente
Latinoamericana, sobre todo
Que se parece al grito del hambre
Estoy yo
Mirando unos slips
porque aún no se puede vestir
No sé por qué mis pies siguen recogiendo el hielo de este suelo
que es como un suelo enfriado
de cadáveres.
En este fondo de mar
En esta oscuridad que todavía nadie conoce
Se apilan los cuerpos inmóviles
Mientras el policía se viste
Inclinando ligeramente la cabeza
Como si fuese a ponerla en una guillotina

Pero esa guillotina es la corbata,
Lo que debiese ser una guillotina es una corbata
que envuelve los cuellos algodónados
y acaricia nucas.
Le hace un nudo perfecto
con una delicadeza
de demoliciones
Se pone su sombrero
sin mirarme
Su silueta está ahí
En el borde de la cama
Y las sábanas manchadas
Por este delirio de amor
Por este silencio que se desmaya dormido
Por este neoprén que quedó diseminado en la garganta
Son la única prueba de este amor demente
Dictatorial
Y pesado
Como todo amor que existe en el mundo
Demente
dictatorial
y pesado...

Este cuarto es una pequeña dictadura dentro de mí.

/ Qué ves.

/ Un paisaje azul.

/ Afuera está rojo. No azul.

/

No, afuera no. Yo traté de explicarle. Algo traté. Algo pude.

De que el azul y el rojo siempre se me confunden.

Y que en el espejo ese azul se veía como una máscara.

Medio mezclado con ese afuera.

Que parece sacado de un adentro

De mi

Entonces le dije

Solo estoy mirando ese afuera que parece sacado de un adentro de mi

Como sacado de una canción parece, le dije.

No sé cual

Pero una canción folclórica bonita,

campestre.

De desechos de infancia y arenas saladas.

Entonces le dije persuasivamente

Porque en ese momento nostálgico tuve un contrapunto persuasivo:

Parece una canción.

/ Qué cosa.

/ Me dijo, casi perdiendo la paciencia.

Ese paisaje

respondí.

Parece una canción.

/ Por qué una canción.

/ Porque es lírico.

/ Por qué.

/ Porque me inspira.

/ Qué significa.

/

Creo que él no me entendía que cuando decía paisaje me refería a mí. Y cuando decía máscara me refería a él. Y cuando decía dictadura me refería al amor. Todo esto parecía un cálculo matemático, y un poco sí, es que el amor estaba allá afuera. Como un movimiento geométrico. Como una constelación,

como... una ecuación de imágenes me aparecía, o una canción de niños,
caballos y volantines.

*[Se escuchan lejanamente, como una lentanía, los acordes de la canción
Luchín de Víctor Jara.]*

/Entonces.

/Es triste, creo.

/Por qué.

/Por qué qué.

/Por qué miras a donde no puedes ver.

/Si veo.

/Solo te ves a ti mismo.

/Si.

/Para qué.

/Para saber.

/Qué cosa.

/Quien soy.

/No eres ese reflejo.

/¿No?

/Quizás el paisaje.

/Si.

/Quizás.

/Una máscara azul. [pausa] Y tú.

/Yo qué.

/Quién eres.

/Un policía.

/No, sí. Pero tú sabes quién eres tú?

/Un policía. Soy yo.

/No. Eso ya me lo dijiste.

/¿No?

/Me refiero a que debes ser algo más que eso.

/Soy un recuerdo tuyo.

/ ¿Un recuerdo?

/ Todo lo que vemos son recuerdos.

/ De donde sacas eso.

/ Si lo piensas todo lo que vives es una memoria. En lo concreto... Todo es simplemente memoria. Tiene más sentido la vida así. Te aferras menos.

/ A veces hay memorias que son como máscaras.

/ Cómo así.

/ Digo que... cómo podemos validar una memoria.

/ Supongo que necesitas a más de una persona que esté de acuerdo.

/ Claro. Te necesito a ti para mi reconocimiento. Para no estar mirando una máscara.

/ A veces nos ponen máscaras sin que nos demos cuenta.

[Pausa. El policía con su uniforme puesto. En la oscuridad, de pie, en silencio. Se escuchan perros ladrar.]

/ ¿Me tienes miedo?

/ Tengo miedo de lo que me puede pasar por lo que eres. Porque no sé si eres alguien cuando te pones ese uniforme.

[Silencio.]

/ Yo tampoco.

/ ¿Tú tampoco?

/ Me criaron como a un perro hambriento.

/ Entonces no sabes.

/ Qué.

/ Si las decisiones que estás tomando son tuyas.

/ Tú eres una decisión mía.

/ Supongo que en parte sí.

/ Y eso me define de una manera.

/ Supongo.

/ Porque te quiero. Y me defines.

/ ¿Me quieres?

[Pausa. El policía yendo a la salida. Se detiene en la puerta.]

Se quedó un segundo en la puerta
Como dudando
Como dudando de si me quería o de si quería decírmelo
En ese momento, tal vez
Se dio cuenta de todo
De que él era un policía chileno
Acostándose con un puto
A mitad de la noche
En un motel
En medio de una dictadura.

/ Me gusta conversar contigo. Me hace sentir que existo.

/ ¿Sientes eso a veces?... ¿Que no existes?

/ Algunas veces siento como si yo solo fuese... una pequeña personita dentro de mí, que
estoy intentando encoger. Y la mayoría de las veces lo logro.

/ ¿Encogerte?

/ Si. Como si yo fuese una pequeña-pequeña memoria que no se sabe dónde poner. Porque
no se entiende. Y a veces el amor lleva el uniforme de policía. Porque todos tienen un policía
dentro. Y a veces protege y otras veces mata. Pero nadie sabe exactamente cómo ocurrió. Y
cuando ocurre qué.

/ Qué cosa lo que ocurrió.

/ Proteger y matar.

/Y lo que ocurre.

/ Lo mismo.

[El policía sale.]

FOTOGRAFÍA IV

El ojo mi cabo, ¡el ojo!

[Plaza de armas. De noche. El joven en el borde de la calle, apoyado en la ventanilla de un auto con las luces encendidas. Se retira, camina hasta un farol, prende un cigarrillo. Para otro auto a lo lejos, se bajan un grupo de policías. Se acercan.]

JOVEN: ¿Qué paso mi cabo, algún problema? Estaba jugando a los acertijos aquí con los caballeros que estacionan sus autos. ¿Lo quiere jugar? Ya. Se lo digo. Mire. Estoy rodeado de pelos y estoy en el medio. Tengo una abertura que puedes ver que se abre y se cierra. ¿Qué soy? Ya pues mi cabo atrévase, qué soy. Dígalo, si es fácil. No, pero no sea cochino mi cabo... Tan mal pensado, Yapo dígame. Qué soy...[Pausa] ¡El ojo po mi cabo! ¡EL OJO!

[El joven intenta correr. Los policías se abalanzan sobre él. Le ponen una bolsa de género en la cabeza y lo arrastran hasta una camioneta.]

FOTOGRAFÍA V

Tan breve y preciosa como las flores.

Un joven en el suelo de un furgón policial en movimiento.

EL JOVEN

Oiga, hasta cuando me van a tener aquí. Es que me están dando ganas de vomitar. Yo sé que parezco marica, vestido así, como haaaaaBLO. Pero es porque soy artista yo. Oiga... Sabe que yo tengo un amigo que es paco. Mire, pregúntele, él le va a decir. Me conoce. Ya po, por qué me tienen aquí... Si estábamos en la plaza de armas cantando nomá. Además esa peluca no es ni mía. Yo no estaba na cantando esas canciones folclóricas, mire, si yo me visto así porque soy artista, le digo. Pero una artista moderna. No folclórica. ¿Me está llevando detenida porque me visto así? Perdón, detenIDO. Esque soy artista yo. Entonces se me confunde la "a" con la "o" todo el rato. Vio que artista es con "a" al principio y con "a" al final. Es como decir LA musico, suena raro vio. Es bien tarde sabe, yo ya tengo que volver a mi casa, mi mami mestá esperando. Oiga, ¿no me va a decir na donde estamos?... Le dicen Yul, a mi amigo, con igriega. Pero se llama Julio. Esque es medio gringito él. No vaya a pensar que yo... no... esque a mi me gusta la poesía, no el policía, si como le dije, soy artista, con "a" de alma, de abismo, de amapola. ¿Paramos aquí?... ¿Qué hay aquí?...!

[Un gran silencio que da miedo. Al abrirse la puerta del furgón, el joven distingue a uno de los policías entre el grupo. Es su amante. Lo mira fijamente con el cuerpo congelado, el tiempo también se congela, al igual que sus pensamientos.]

EL JOVEN

¿Qué hacía ahí?... ¿Por qué erei un perro hambriento ahora?... ¿Erei tú, quien va a matarme?... ¿Vai a matarte a tí también?... No. No erís tú ese. Es otro el que da la orden. El que tiene a los perros muertos de hambre... Este odio que no me deja respirar, que me carga en furgones de noche y me tira a lugares desconocidos... ¿Dónde se originó, para ir a matarlo? ¿Erei tú ese odio ahora?... ¿Cuántas veces ese odio estuvo a punto de matarte?... ¿Te está matando ahora?... Respóndeme. ¿Ahora van a tomar mi cuerpo, le van a sacar la ropa, y a dónde lo van a tirar?... Se hace tira el cuerpo, se tira... ¿De qué sirve tirarlo a alguna parte?... ¿Por qué todo el mundo decidió que de pronto toda la sangre había que sacarla del cuerpo para teñir las murallas?... ¡Por qué nadie nunca responde!... Mis preguntas son... la combustión de un anochecer. Es un anochecer encendiéndose todo el tiempo. Tiene tanta fuerza como la luz este anochecer. Anochece todos los segundos hasta que yo ya no existo... ¿Te hay dado cuenta que la gente en algún momento de su vida piensa en cómo le gustaría que fuese su funeral?... Que cosa más rara esa o no... Pensar en la muerte es raro... En los rostros de los familiares cuando ya no te van a volver a ver... Siempre pensé que en mi funeral iban a haber muchas flores. Yo quería muchas flores. Que cayeran del cielo como lluvia teñida. Siempre me imaginé así. Tan breve y preciosa como las flores. Tan viva, tan... De un momento que parece de siempre.

[Llueven flores, rosas blancas y rojas sobre el joven.]

EL JOVEN

... Siempre pensé que en mi funeral iban a haber muchas flores. Yo quería muchas flores. Que cayeran del cielo como lluvia teñida. Siempre me imaginé así. Tan breve y preciosa como las flores. Tan viva, tan... De un momento que parece de siempre.

[Apagón.]

FOTOGRAFÍA VI

Te beso como si fueses lo más importante que queda en el mundo por contener entre los labios.

[Un terreno baldío, yermo. El atardecer difuminándose. Dos hombres desnudos con pelucas rubias, de pie. Solo sus sombras se mueven, ellas no se mueven, esas maricas están inmóviles como dos esculturas trágicas. Esas maricas desdeñadas somos nosotras, paradas, desnudas, bajo el último sol de la tarde, con la sombra que es la evidencia de que esos cuerpos existen diluyéndose. Esa evidencia se está diluyendo. De lejos, pero no tan lejos, los ojos del joven mirando la escena. Está mirando pero tal vez no está mirando. Tal vez esos cuerpos sin ropa en ese terreno baldío, solitario y a punto de la oscuridad, sea él. Tal vez esos cuerpos baldíos sean él y el policía y tal vez nosotras, buscando resucitar. A lo lejos, ladridos de perros.]

UNA MARICA DESNUDA PARADA BAJO EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE:

A penas llegamos empezaron a mear a las Maricas como pastizal. Yo te saqué, para que no vieras desaparecer tu sombra. Te llevé al ático. Había un ático en esa casa. Y una ventana.

OTRA MARICA DESNUDA PARADA BAJO EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE :

Una ventana desde la cual podía ver el reflejo de las maricas desnudas que se saturaban de gritos y risas de policías. Y entremedio de esos gritos raros, fálicos, demoniacos y oscuros, sentí por un momento que éramos nosotras. Y todavía no sé. No sé si acaso las que estamos

paradas ahí somos nosotras, como piedras romanas que ya empiezan a enfriar y su sombra ven desaparecer en las últimas horas de la tarde.

UNA MARICA DESNUDA PARADA BAJO EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE:

Allá atrás, en esa cancha, hay cinco perros que no comen hace ocho días. Son perros que han sido criados por estos policías. Cuando eran pequeños, los policías mataban conejos frente a ellos y se los daban de comer. Estos perros que están ahí encerrados, solo han comido cuerpos tibios con corazones que han dejado de latir ante sus ojos. Yo no te lo quería decir. Pero quizás es mejor ahora. Nosotras, las de allá, somos dos conejos.

OTRA MARICA DESNUDA PARADA BAJO EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE :

Pero dijiste que no éramos nosotras las que estábamos paradas ahí. Dijiste que me rescataste, que me llevaste a un ático. Porque tú me quieres. Aunque seas un policía. Me quieres.

UNA MARICA DESNUDA PARADA BAJO EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE:

Pero siempre voy a ser un policía. Mi destino tiene ese uniforme puesto.

OTRA MARICA DESNUDA PARADA BAJO EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE :

Ahí me di cuenta que esas esculturas éramos nosotras.

Desnudas.

Bajo el último beso del sol de la tarde.

Tapándonos confusamente nuestros genitales.

Con pelucas que nos pusieron de otras maricas que encontraron por ahí.

Cuando llegamos, en el cuarto

No había nadie.

Solo vestidos y pelucas

Desparramadas por esa casa

que olía a cloro.

Estoy aquí.

Sobre este piso árido.

En este lugar que podría ser cualquier desierto

En cualquier parte del mundo

Junto a ti

Y aunque el paisaje es lúgubre

Y hace frío

Y nuestras conclusiones de este desenlace no son las mejores...

Estoy feliz.

Porque estoy contigo.

Y porque no llevas tu uniforme puesto.

A cambio de eso te cae sobre el hombro una peluca rubia.

Y creo que nunca antes te había visto tan así.

Tan tú, de repente.

Tan...

UNA MARICA DESNUDA PARADA BAJO EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE:

Yo de verdad. Siendo el miedo.

OTRA MARICA DESNUDA PARADA BAJO EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE :

Si.

UNA MARICA DESNUDA PARADA BAJO EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE:

Siento la puerta abrirse.

Dos perros salen olfateando el suelo.

El sol ya casi no se ve y nuestras sombras han desaparecido.

Nuestras sombras eran la única pista

Que evidenciaba la masa

Que ondeaba contra la luz

Y reflejaba el espacio de nuestro cuerpo en la tierra

Permanecemos quietas, con nuestras manos inmóviles en nuestros genitales.

Te miro cansada,

Con miedo,

Con arrepentimiento y un poco de angustia.

Es raro pensar de repente cómo se debe sentir morir.

Es raro desaparecer así,

Sin que nadie vea.

Sin que nadie tenga nada que decir.

Sigo esperando que todo esto sea una broma.

Sigo esperando que alguien llame a los perros y les tire un pedazo de carne.

Sigo esperando que salgan los policías riéndose, nos griten “maricones culiaos” y nos lancen nuestras ropas y podamos correr como conejos desesperados.

Pero prontamente me doy cuenta, cuando el primer perro camina jadeando hacia ti, de que eso no va a suceder.

Y de que debería dejar de confiar así en el mundo.

Y de que debería dejar de siempre tener una esperanza al último momento.

Entonces, cuando te veo

Y estoy así tan

Llano

Tan

Entregado a nada

Tan...

Disociado de mí.

Me doy cuenta de que lo único que necesito en este momento es amar.

Que lo único que necesito es una expresión de cariño que sea consentida.

Eso será suficiente en este momento para irme.

Eso será suficiente para donde sea que vaya

poder dormir.

OTRA MARICA DESNUDA PARADA BAJO EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE :

Entonces me atrevo,

Con toda la posibilidad de que mi último movimiento de ingenuidad

sea también mi desmembramiento.

Suelto la mano de mi genital casi tibio por la presión

Y me abalanzo sobre ti y te beso.

Te beso,

No como si fueses una piedra romana.

No como si fueses una marica del 73 bajo los últimos rалlos del sol.

No como si fueses un policía confundido,

Un conquistador de la Extremadura confundido,

Un pasado insomne

O la esposa inmortal de algún dictador...

Te beso como si fueses lo más importante que queda en el mundo por contener entre los labios.

Y con ese sentimiento me quedo entero

Mientras los perros se abalanzan sobre nosotras

Como cascadas de rayos azules

Como vísperas de algún incendio encerrado en los ojos

Como la historia arrebatándonos la libertad.

[Las maricas, los perros, la última vez un beso.]

EPÍLOGO

[Un beso en la puesta sol que es como una metralla. Siempre después de un beso viene la separación de los labios ingénitos. La despedida. Un hombre se queda solo sentado bajo la sombra de un árbol. La evolución. El paso del tiempo. Las conquistas. Las tormentas. La soledad. Las muertes inimaginadas. Las caídas de imperios. Las banderas flameando. Los humanos transformándose, incorpóreos. Sus cuerpos cambiando, sus largos dedos como ramas de árboles, encontrándose. Sus cabellos como avispas. Los ojos transformándose en viento. Las piernas en piedras. Las extremidades transformándose en pájaros, que vuelan dejando el rocío en los peldaños de las escaleras de las plazas. Los créditos de la película... Las maricas recostadas, desnudas en el suelo, permanecen en ese recuerdo en el que fueron libres. Lentamente el apagón.]

FIN